El pueblo fiel homenajeó a Jesús-Eucaristía, desagraviándole de las ofensas de los protestantes calvinistas, y, llegada la noche, todo el mundo se recogió y se cerraron las puertas de la iglesia, quedando en el altar de la capilla dos velas encendidas. Y seguramente las chispas de ellas, cayendo sobre los adornos, prendieron el fuego.

Pronto se esparció por todo el templo una espesa humareda. Las llamas devoraron ornamentos, manteles, tarimas y Tabernáculos. Todo quedó reducido a cenizas y ascuas. Los religiosos lloraban de tristeza, cuando contemplaron una maravillosa realidad: sobre aquel montón de cenizas ardientes, vieron el viril milagrosamente suspendido en medio de la iglesia...

Al momento se propagó por la villa la noticia del prodigio, y acudieron al monasterio muchísimas personas de Faverney y de los lugares inmediatos, y, ante la inmensa multitud, el viril continuó suspendido en el aire durante treinta y tres horas, al cabo de las cuales se colocó sobre un corporal que habían puesto debajo.

De esta manera quiso la Providencia divina preservar a los católicos fieles de los errores calvinistas y corroborarlos más y más en la religión católica, mostrándoles, por medio de un asombroso prodigio, la verdad de todo cuanto la Iglesia nos enseña acerca de la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

Favor Providencial

Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, ilustre por muchos conceptos, lo es muy singularmente por su fe, su celo y reverente amor a Jesús Sacramentado.

Sus progresos en la vida espiritual, bajo la sabia dirección de San Francisco de Sales, fueron al calor de la Eucaristía.

Tenía mucho cuidado en que se tuvieran hermosas flores en el jardín, con objeto de colocarlas delante del Santísimo Sacramento, y todo lo que servía para el altar le inspiraba un respeto profundo.

Su trabajo más continuo era preparar los paños del cáliz, manteles, frontales y, sobre todo, ornamentos para el santo Sacrificio de la Misa, proveyendo de ellos a las iglesias pobres.

Veneraba a los sacerdotes, por cuyas manos se ofrece todos los días la Víctima sin mancha, y se encomendaba a sus oraciones y santos Sacrificios.

No faltó un providencial favor con que el Señor recompensó tan acendrada devoción al Santísimo Sacramento. En la fundación del monasterio de Lyon, estando un día en recreo con las hermanas, las cuales deseaban vivamente obtener una preciosa Custodia para su buen Jesús Sacramentado, la madre Chantal dijo, sonriéndose, que si fuera rica compraría una de valor.

No bien hubo dicho estas palabras, cuando llamaron a la portería, y un hombre, que no quiso decir quién era, les hizo entrega de una preciosísima Custodia que mejor no la desearan.

Sus afectos para con la Sagrada Eucaristía no po-

dían menos de llevarla a la más eminente santidad, siendo fundadora, con San Francisco de Sales, de la Orden de la Visitación.

Un Copón resplandeciente

El siguiente hecho ocurrió en la histórica ciudad de Huesca. Durante la noche del 29 al 30 de noviembre del año 1648, fue robado en la iglesia catedral un copón con las Sagradas Formas, sin que, por desgracia, se diera cuenta persona alguna del horrible sacrilegio. Al amanecer del día siguiente, subió el campanero, según era su costumbre, a tocar el *Angelus* y a dar la señal para la Misa primera. Al terminar, un hecho extraño llamó poderosamente su atención. En un montón de estiércol que había en un campo cercano al seminario, vio un objeto que brillaba de una manera extraordinaria. Extrañado de aquel fenómeno, bajó a la iglesia a decirlo al sacristán, y ambos se dirigieron enseguida al lugar de donde salía tan fuerte resplandor. ¡Cuál no fue su sorpresa al ver que la luz procedía del interior del montón, y que, al excavar por aquel punto, aparecía un copón resplandeciente, que contenía la Sagrada Eucaristía!

La noticia de este prodigio se divulgó por toda la ciudad con la velocidad del rayo. Con gran concurso de pueblo y piadosísima reverencia, el copón milagroso fue devuelto a la iglesia, y se pudo comprobar, sin ninguna clase de duda, que era el mismo que, el día anterior, estaba en el Sagrario y que unas manos impías se habían atrevido a robar.

En memoria de este prodigio, se tomó el acuerdo de que perpetuamente, el día 30 de noviembre, aniversario del robo sacrílego, se cantara un *Te Deum* en la catedral, después de *Tercia,* en acción de gracias, y que, por el mismo motivo, la Misa conventual y las Vísperas de aquel día se celebrarían con la exposición de Nuestro Señor. También, en el lugar de tan rico hallazgo, fue levantada una capilla, que la acción del tiempo ha arruinado totalmente.

(La historia de este prodigio se lee en la cuarta parte del *Ceremonial Oscense,* del canónigo doctoral doctor Novellas).

Castigo de un sacrílego

Es célebre, entre otros de su género, el caso ocurrido en el Monte de los Capuchinos, de Turín, cuando invadieron su iglesia los soldados franceses. He aquí la declaración que hizo en el proceso eclesiástico uno de los militares invasores: "Vi a un soldado que, acercándose al altar mayor, se subió encima de la mesa y, *forzada la puerta del Sagrario,* metió la mano *para robar el Santísimo Sacramento.* En el mismo instante vi salir del Tabernáculo una llama de fuego que iluminaba toda la iglesia, y el soldado, saltando del altar precipitadamente, se puso a gritar: "¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!" Prosiguió la llama iluminando la iglesia desde el suelo hasta la altura de una vara, de modo que cuando yo y los demás soldados nos postramos en el suelo, veíamos toda la iglesia radiante de luz, y, al levantarnos, la veíamos

oscura, hasta el punto de no distinguirnos unos de otros.

Espantados estábamos con aquella visión, cuando el soldado que quiso robar la Sagrada Eucaristía llegó a la puerta de la iglesia para salir, como en efecto lo hizo; pero tenía la cara y las manos quemadas y negras y no cesaba de repetir estas palabras: "¡Ay, Dios mío!" Salimos detrás de él y no nos fue posible ver qué camino tomó.

El niño de Soissons

En la ciudad de Soissons, el día de Pascua, una mujer fue a la iglesia para recibir la Sagrada Comunión, llevando consigo a su propio hijo. Llegado el momento de la Consagración, el niño, que, del todo ignorante de estas cosas, hallábase junto a la madre, vio en medio del altar un Niñito muy hermoso alzarse entre las manos del sacerdote. Observando esto, por esa natural curiosidad que no deja callar a los niños aquello que ven, gritó a la madre: "¡Mira, mamá, qué hermoso Niño tiene el sacerdote en las manos!" Pero la madre nada veía. Poco después, cuando el sacerdote cubrió el sacramento con el corporal, el niño gritó de nuevo: "¡Mira cómo lo envuelve en un pañalito blanco!..."; y mientras delante de todos repetía estas cosas, los más juiciosos consideraban cómo la infantil inocencia es capaz de ver a Jesús, hermoso Niño, con ojos muy diversos de los nuestros.

(De Guiberto, abate: *De pignoribus Sanctorum*, 1, V, c. 2. Migne P. L., t. 156, p. 616).

El Santísimo Sacramento en una zanja

En la noche del 15 al 16 de junio del año de 1727, tres malhechores se introdujeron en la iglesia parroquial de Santa Margarita (en Flandes) y vaciaron el Tabernáculo. Se apoderaron del copón y arrojaron las Hostias en una zanja a lo largo del cementerio. Allí las hallaron los fieles, que estaban consternados por el sacrilegio.

Recogidas con sumo respeto, se las llevó a la iglesia. Desde entonces los habitantes de aquella parroquia consideraron el lugar de la profanación como lugar sagrado y bien pronto se persuadieron de que el Señor, por el contacto de su Cuerpo Santísimo, había comunicado una virtüd sobrenatural al agua de la zanja.

La fama de las curaciones extraordinarias que se operaban en la parroquia de Santa Margarita se extendió muy lejos. Comenzaron a acudir peregrinos de todas partes para adorar al Santísimo Sacramento y por devoción llevaban consigo agua de la zanja para aplicarla a los enfermos. Dos años después, el 21 de julio de 1729, el Obispo de Brujas, Enrique Van Susteren, a instancias de los mayordomos de la parroquia, concedió permiso para levantar al lado de la zanja una capilla en desagravio de la profanación que allí había tenido lugar y un pozo de fácil acceso a los peregrinos. La capilla fue demolida, pero el pozo existe todavía y allí acuden los fieles para orar y sacar agua, que dan a beber a los niños enfermos.

El milagro eucarístico de Siena

El milagro eucarístico permanente de Siena se manifiesta en la prodigiosa conservación —contra toda ley física, química, biológica—, de 223 hostias frágiles consagradas el 14 de agosto de 1730 en la basílica de San Francisco de Siena y en la misma noche, sacrílegamente profanadas por ladrones desconocidos, ávidos del sagrado vaso de plata que las guardaba.

Gracias a la diligentísima búsqueda realizada por las autoridades religiosas y civiles, las sagradas Partículas fueron encontradas, casualmente, la mañana del 17 de agosto en el vecino santuario de Santa María de Provenzano, donde los sacrílegos ladrones las habían echado dentro de una caja de limosnas.

Caídas en medio del polvo, de las telarañas y del dinero de la caja, fueron piadosamente recogidas, cuidadosamente examinadas y debidamente identificadas. Tributado un homenaje de adoración y reparación por el pueblo, con una solemnísima procesión, fueron llevadas a San Francisco, en una apoteosis de cantos y de oraciones.

Para satisfacer las demostraciones de fe y de amor por parte de los fieles que habían acompañado aquellas Partículas, los religiosos Menores Conventuales no las consumieron. El tiempo pasaba, pero en ellas no se apreciaba ningún signo de alteración, como se hubiera podido esperar. Evidentemente, en los designios de la Providencia, aquella sacrílega profanación debía quedar, a través de los siglos, como un apologético testimonio de la presencia real de Jesús en la Santísima Eucaristía.

Muchas veces, hombres ilustres las han examinado con los medios que el progreso ponía a su disposición, multiplicando, en el tiempo, causas y elementos que hubieran favorecido la corrupción (contactos, polvo, humedad). Pero la ciencia ha concluido siempre su examen afirmando: Las sagradas partículas están todavía frescas, intactas, físicamente incorruptas, químicamente puras, y no presentan principio alguno de corrupción.

Este fue el veredicto de la Comisión compuesta por eminentes profesores de física, higiene, química y farmacia, que realizó el gran examen científico del 10 de junio de 1914. Constataciones directas e inmediatas se renovaron en 1922; cuando el cardenal Juan Tocci puso las Santas Formas en un cilindro de cristal puro de roca; en 1950, cuando fueron colocadas en un precioso ostensorio; en 1951, en la dolorosa circunstancia de un nuevo hecho sacrílego, en el cual los ladrones, también esta vez no identificados, rotos los sellos y tiradas las Partículas en un ángulo del plano marmóreo del Sagrario, se llevaron el cilindro de cristal con todos los anexos preciosos.

El milagro eucarístico permanente de Siena, para el cual el tiempo se ha parado, ofrece a todos —desde el más excéptico al más distraído— la posibilidad de ver con los propios ojos y de tocar con las manos una de las más grandes maravillas de Cristo sobre la tierra, ante la cual la ciencia ha doblado la frente.

El milagro que continúa, suscita en todos los hijos de Dios un deseo más ardiente del Pan vivo bajado del Cielo y un mayor amor hacia Aquel que se ha hecho nuestro compañero de viaje hasta la con-

sumación de los siglos: por el hombre, por la vida y por la salvación del mundo.

("El Granito de Arena", octubre 1984).

Las Santas Hostias de Pezillà de la Rivière

Sobre nuestra vecina Francia se había desencadenado un formidable temporal. Era el año 1793, el año de la Revolución Francesa, y un huracán de impiedad lo destruía y arrasaba todo. La religión y sus ministros eran perseguidos por todas partes y sin compasión, profanadas sacrílegamente las iglesias y proscrito el culto católico, y a los sacerdotes que querían escapar de una muerte segura e inevitable, no les quedaba otra solución que esconderse o emprender el camino del destierro.

A pesar de su celo por las almas confiadas a su pastoral solicitud, el reverendo Jaime Perone, párroco de Pezillà de la Rivière, población situada a unos cuantos kilómetros de Perpiñán, no tuvo otro recurso que dejar, como muchos otros, la parroquia, y esconderse, aunque lo hizo no muy lejos de sus ovejas, para estar al acecho y en espera de que amainase el temporal.

Llegó, en efecto, un día en el cual parecía que la tempestad había cesado, y el bueno del sacerdote regresó enseguida a su parroquia y reanudó el ejercicio de su ministerio, como si nada hubiese ocurrido. El domingo siguiente a su regreso —que fue el 15 de septiembre— celebró la santa Misa delante de un gran

concurso de pueblo, y fueron muchos los que se acercaron a recibir la Sagrada Comunión, y aun se hizo por el interior del templo la procesión llamada de la *Minerva*. Acabada ésta, el sacerdote guardó en el sagrario la Hostia grande de la custodia, juntamente con otras cuatro pequeñas que había reservado por si era necesario administrar el Viático a algún enfermo.

El celo por las almas de sus feligreses había convertido en excesivamente optimista al señor cura, el cual había tomado por señales de bonanza lo que no era más que un compás de espera en la persecución comenzada. Conocida, en efecto, por los revolucionarios de Pecillà y de sus contornos la intrépida osadía del reverendo Jaime Perone, acordaron hacer un escarmiento ejemplar en su persona.

Avisado de ello el señor cura, se marchó precipitadamente de la parroquia, sin acordarse de la Eucaristía, que dejaba en el sagrario de la iglesia. Fue al llegar a Sant Feliu d'Avall, a cuatro kilómetros de Pezillà, cuando se dio cuenta del lamentable olvido; pero ya era tarde. De la honda pena y sentimiento que le atormentaban fueron testimonio elocuentísimo estas palabras, que dijo ante un grupo de personas: *"¡Ah! ¡Qué daría yo para poder volver a Pezillà y permanecer allí tan sólo un cuarto de hora!"*.

Oyó estas palabras una feligresa de Pezillà, jovencita de quince años, llamada Rosa Lloréns, la cual, conociendo, por el tono y el sentimiento con que fueron pronunciadas, que se trataba de algo muy grave, pensaba en cuál pudiera ser el motivo de una turbación y pena tales.

"No hay duda —decía para sus adentros Rosa Llo-

réns— que solamente alguna cosa santa, la Eucaristía tal vez, encerrada en el sagrario y expuesta a indignos sacrilegios y profanaciones, pueden producir un sentimiento tan grande y una tan profunda y cruel angustia''.

Mas, ¿cómo salir de dudas? Los revolucionarios eran los dueños de Pezillà, la iglesia estaba cerrada y las llaves estaban en poder del alcalde, Marcos Estrada, y no era fácil que éste quisiera entregarlas a persona alguna, y menos a una *beata*.

No le quedó, pues, otro recurso que esperar y encomendar a Dios aquel asunto.

El día 26 de diciembre de aquel mismo año de 1793, tuvo efecto la renovación del Ayuntamiento de Pezillà y dejó de ser Alcalde Marcos Estrada, que fue reemplazado en aquel cargo por Juan Bonafós, mejor dispuesto que su antecesor por las cosas de la religión y de la iglesia.

Rosa Lloréns creyó que había llegado la hora de salir de dudas, y, con este objeto, fue a visitar al nuevo alcalde, y le pidió, con todo el interés, que tuviera a bien enterarse de si realmente las Hostias santas estaban o no en el sagrario de la iglesia.

Bonafós, a pesar de las ideas liberales y avanzadas de que hacía alarde, era privadamente un buen cristiano, y accedió fácilmente a los deseos de Rosa.

En el día y hora convenido, el alcalde y Rosa Lloréns entraron con la mayor reserva y disimulo en la iglesia: abrieron el sagrario, y, efectivamente, encontraron dentro, y en su ostensorio, la Hostia grande que había servido para la procesión del 15 de septiembre, y además, un copón con cuatro Hostias pequeñas, una de ellas partida en dos.

Rosa, con finísima perspicacia, había adivinado la causa de la angustia moral del buen señor Párroco.

Inmediatamente fue concertada la manera de salvar a aquel tesoro. El alcalde Bonafós quiso encargarse de guardar la Hostia grande con el ostensorio, porque decía: *Yo también quiero mi parte de Dios.* Rosa Lloréns envolvió respetuosamente las cuatro pequeñas Hostias en un purificador, y se las llevó a su casa.

El Santísimo Sacramento estaba ya al abrigo de toda profanación. Mas ¿de qué manera?

Muy contra la voluntad del alcalde y de la piadosa Rosa, aquellos divinos tesoros hubieron de permanecer escondidos. Dios nos libre de que los revolucionarios hubiesen tenido noticia de la existencia del Santísimo Sacramento en sus casas. La profanación hubiera sido inevitable y sus poseedores severísimamente castigados.

La Hostia grande con el ostensorio fue colocada dentro de un arca de madera, y así estuvo, en este humilde sagrario, desde el 7 de febrero de 1794 hasta el 9 de diciembre de 1800. En este tabernáculo, el Dios de la Eucaristía solamente podía recibir las visitas y las adoraciones de Juan Bonafós y de su cristiana esposa, que no dejaban pasar un solo día sin postrarse delante de aquella arca y sin ofrecer a su divino Huésped sus homenajes de amor y veneración. El mismo alcalde calmó también el ansia del señor párroco, que se había refugiado en Gerona, comunicándole que el Santísimo Sacramento estaba bien guardado y custodiado, fuera de todo peligro.

TOMÁS PORTO

¿Y cuál fue la suerte de las cuatro pequeñas Hostias confiadas a la piedad de Rosa Lloréns?

Cuando ésta llegó a su casa con tan rico presente, habló con su madre de la mejor manera de guardar el divino Tesoro. Entre los varios utensilios que poseían, ninguno les pareció más digno y a propósito para guardar la divina Eucaristía que un frasco de cristal, y éste fue, durante la revolución, el tabernáculo y el palacio del Rey de los cielos y tierra. Más adelante, este frasco fue cubierto con una especie de conopeo de seda.

Faltaba, con todo, encontrar un lugar a propósito donde colocar ese copón improvisado, y, a falta de un sagrario mejor, escogieron un armario abierto dentro de la pared, lo arreglaron y adornaron convenientemente y trasladaron a él el frasco con las cuatro Hostias y el purificador.

Vuestra habitación, oh Señor, es sencilla y humildísima; pero no os faltarán las adoraciones de esta cristiana y piadosísima familia y las invisibles de los ángeles del cielo, que rodean vuestro tabernáculo, donde esté.

Para que el Dios-Eucaristía no echase de menos, en la medida de lo posible, el sagrario de la iglesia, aquellas buenas mujeres colgaron delante del armario una lamparilla que hiciese incesantemente compañía al Dios del Amor.

* * *

Por razones facilísimas de entender, fueron muy pocas las personas que tuvieron noticia de la existencia del Sacramento en casa de Juan Bonafós. No ocurrió lo mismo en la de Rosa Lloréns, la cual, re-

comendando la más impenetrable reserva, comunicó el secreto a algunas personas piadosas del pueblo; fueron éstas las que se constituyeron en guardias de honor del Santísimo Sacramento.

He aquí algunas de las estratagemas de que echaron mano para poder visitar al divino Prisionero de amor, sin llamar la atención de nadie. Al entrar las mujeres en casa de Rosa Lloréns, le preguntaban si tenía un poco de fuego, una brizna de perejil o bien alguna otra cosa referente a la comida; los hombres preguntaban por cualquier herramienta de trabajo. Si la respuesta era afirmativa, era señal de que podían entrar a visitar a Nuestro Señor, sin ningún temor; si la respuesta era negativa, era señal de que existía algún peligro, y entonces renunciaban a sus piadosos deseos.

Todos los años, el día de Jueves Santo, aquellas piadosas almas organizaban solemnes homenajes a su Dios-Eucaristía. Con este objeto, arreglaban un altarcito con profusión de flores y de luces, y pasaban largos ratos en fervorosísima y devota adoración; finalmente, con velas encendidas, todos los concursantes recorrían en devota procesión la pequeña sala donde se hospedaba el divino Sacramento.

A pesar de éstas y otras muchas precauciones, fue imposible evitar que se entreviera algo de lo que ocurría en aquella casa. Más de una vez, la familia Lloréns estuvo a punto de que le hiciesen un registro domiciliario. Fue éste, en cierta ocasión, tan inminente, que, sorprendidos por la noticia, corrieron a esconder su divino Tesoro dentro de un saco de harina. En otras dos ocasiones, la familia Lloréns se vio en el trance de tener que confiar la guarda del Sa-

cramento a una virtuosísima viuda, llamada Ana Duchamp, la cual, una vez pasado el peligro, devolvió el sagrado depósito a los primeros guardadores.

Un día, uno de los revolucionarios de Pezillà, llamado Godail, intrigado por ciertos indicios, quiso averiguar el misterio en que vivía envuelta aquella familia. Ya de noche, se encaramó al tejado de la casa Lloréns, y acercándose al orificio de la chimenea, que daba precisamente a la habitación donde se guardaban las sagradas Hostias, oyó perfectamente toda la conversación de la familia, la cual, como de costumbre, versaba sobre el inestimable Tesoro. Según todas las previsiones humanas, aquella familia estaba perdida. Pero Dios vela por los suyos, pues ocurrió que, habiendo encontrado Godail, pocos días después a Rosa Lloréns, le dijo estas palabras: *Sé con certeza que guardáis en vuestra casa las sagradas Hostias, pero os juro que no lo diré a nadie.*

Finalmente, después de siete años de tempestad, el horizonte de la Iglesia de Francia se serenó y volvió a lucir un sol espléndido, el sol de la libertad religiosa. Las iglesias se abrieron nuevamente al culto, los sacerdotes volvieron del destierro, y la vida religiosa comenzó, otra vez, en las parroquias. Ocurría esto en 1800. El primer sacerdote que entró en Pezillà, después de la revolcuión, fue el reverendo Honorato Siuroles, vicario de la parroquia. Su primera diligencia fue hacerse cargo de las sagradas Hostias. Con este fin, el 5 de diciembre del mencionado año 1800, se presentó en casa de la familia Lloréns, para examinar las sagradas Especies y devolverlas al sagrario de la iglesia. Mas, ¡oh prodigio!, al abrir el armario y quedar visibles las sagradas Hostias, vie-

ron todos los presentes, con inefable estupefacción, que el frasco, antes sencillo y sin ningún adorno, estaba todo dorado, a manera de granitos de oro introducidos en el cristal.

¿No era este prodigio una demostración divina y sobrenatural del agradecimiento que el Dios del Sagrario sentía por aquella familia, que tan de buen grado y tan piadosamente le había acogido durante aquellos siete años de proscripción y de destierro del sagrario de la iglesia?

Porque el dorado del frasco es algo que no explica la ciencia. En diferentes ocasiones ha sido examinado por entendidos en la materia, y nunca se ha encontrado una explicación satisfactoria. Por otra parte, la ejecución de aquel dorado es tan perfecta, que los más hábiles doradores no se atreverían a hacer otra igual.

El frasco así dorado, con las cuatro Hostias y el purificador, fue trasladado al sagrario de la iglesia parroquial.

El 9 de diciembre del mismo año de 1800, habiendo regresado de su destierro el párroco Jaime Perone, se procedió al traslado de la Hostia grande con el ostensorio, que durante siete años, había sido guardada en la casa del señor alcalde.

Fue aquel día de gran fiesta para todo el pueblo de Pezillà. Con el retorno de su Dios al sagrario de la iglesia, celebraba también el retorno de su amado pastor, y un aire de misterio y de sobrenaturalismo penetraba todos los corazones, porque, ¿no era, acaso, un milagro evidentísimo la conservación de las especies sacramentales durante siete años? ¿No lo era, y tal vez mayor, el dorado milagroso del frasco? ¿Y

no había sido también una especial providencia de Dios la tranquilidad que, durante siete años de revolución, disfrutó la villa de Pezillà, en medio de las convulsiones que agitaron toda Francia?

Hace más de cien años que las sagradas Hostias de Pezillà fueron devueltas al sagrario de la iglesia parroquial. Colocadas en una custodia construida ex profeso, con cinco viriles —uno en el centro, para la Hostia grande, y cuatro pequeños, a los lados, para las Hostias pequeñas—, conservan todavía la misma incorruptibilidad, la misma blancura y consistencia del primer día.

La manera providencial como fueron guardadas durante los años de la Revolución Francesa, y, más aún, el milagro perpetuo y constante de su incorruptibilidad, después de mucho más de una centuria, han hecho que el pueblo cristiano haya visto en estas sagradas Hostias una demostración manifiesta del poder y bondad del Dios de la Eucaristía. Desde entonces, la devoción a las sagradas Hostias de Pezillà de la Rivière ha ido creciendo extraordinariamente. En homenaje al Dios de la Eucaristía, se ha levantado en Pezillà un suntuosísimo templo de estilo románico, donde se guardan y reciben una continua adoración las cinco Hostias y el frasco dorado. Este templo fue bendecido e inaugurado por el señor Obispo de Perpiñán, el día 30 de abril de 1893.

(Todos los datos de esta relación pueden encontrarse en diferentes autores franceses que tratan de este prodigio).

El Santísimo Sacramento es encontrado debajo de una piedra

Hacia la madrugada del día 6 de noviembre del año 1824, se cometió un robo sacrílego en la iglesia de Onil, población del antiguo reino de Valencia. Entre otros objetos, fue robado el viril de la Custodia con la Sagrada Forma.

Afortunadamente, el ladrón pudo ser capturado en el preciso momento en que vendía la Paz a un joyero de Alicante. Descubierto el reo y encontradas las joyas, sólo faltaba recuperar la Sagrada Hostia.

Habiéndose negado el ladrón a revelar el lugar donde había escondido el Santísimo Sacramento, ordenó el juez un minucioso reconocimiento en la población y en sus contornos, y fueron registradas, al efecto, las casas, los corrales, las cuevas y otros lugares que infundían sospecha. Los habitantes de Onil rivalizaron en celo y diligencia para recuperar el celestial tesoro, y no dejaron por remover piedra ni matorral alguno.

Una viuda pobre, pero muy piadosa, llamada Teresa Carbonell, prometió que mandaría celebrar una Misa en sufragio de las almas del Purgatorio, si lograba encontrar el viril que contenía el Cuerpo de Jesucristo. Se encaminó enseguida hacia un lugar conocido por "La Pedrera", y, removiendo matorrales y levantando piedras, vio, de repente, un maravilloso resplandor que salía de debajo de un gran bloque. Entendió enseguida que aquel resplandor señalaba la presencia de Jesús Sacramentado. Por esto, corriendo hacia aquel lugar, procuró levantar la piedra, y exclamó llena de una satisfacción y de una alegría indescriptibles:

— Venid, venid, que aquí está nuestro Señor.

Dicho esto, y mientras la gente que buscaba el divino Sacramento por aquel mismo paraje acudía al lugar donde estaba la mujer, permaneció ésta arrodillada y como extasiada delante de tan admirable prodigio.

Avisados el señor párroco y el alcalde, acudieron enseguida con una gran multitud del pueblo. En presencia de todos fue levantada la losa, y encontraron el viril con la Sagrada Hostia, envuelto en un trapo viejo y sucio. Es imposible de explicar el entusiasmo y la alegría que todos sintieron.

Inmediatamente se organizó una procesión para trasladar el Santísimo Sacramento a la iglesia, donde había sido robado, y se cantaron, durante el trayecto, devotas y entusiastas letrillas. Esta procesión pasó por los pueblos de Tibi y Castalla y llegó a Onil a las tres de la tarde, en medio de un entusiasmo y un fervor de la multitud indescriptibles.

Al llegar a la iglesia, fue colocado el Santísimo Sacramento en el mismo lugar de donde había sido sacrílegamente robado, y a continuación se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias.

Asesorado por una junta de teólogos, el señor Arzobispo de Valencia, doctor D. F. Simón López, ordenó que esta Sagrada Forma fuese conservada, manteniéndose incorrupta hasta nuestros días, como lo han podido comprobar innumerables testigos.

Todos los años celebra Onil un solemne triduo de *Cuarenta Horas* en memoria de este piadoso hallazgo.

(Reseña del robo sacrílego acaecido en Onil, por Marcelino Sampere, Pbro.).

Curación prodigiosa de una enferma

En San Luis, pueblo no muy distante de Mahón, vivía una pobre viuda llamada Juana Cardona Vicent, que ejerció un verdadero apostolado entre la gente ruda del pueblo.

A los cincuenta y nueve años de edad, le sobrevino una grave dolencia de estómago, que no le permitió alimentarse más que con caldo de pescado, y, después de veinte años de este sufrimiento, aún se agravó su estado a consecuencia de un aire que la dejó notablemente encorvada, sin poder enderezarse ni mirar al Cielo.

Corría el año 1880, y la pobre mujer hacía ya ocho meses que estaba en cama sin poderse mover de ella. Con motivo de acercarse la festividad del *Corpus Christi,* sintió en su alma gran fe y confianza de que el Señor la podría curar. Rogó, pues, a los vecinos la bajaran a la puerta de la calle cuando pasase la procesión, e hizo suplicar al sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento que, al estar junto a ella, le acercase un poco la Custodia para adorar a su buen Jesús en la Hostia sacrosanta.

Presente estaba todo el pueblo, compadecido del triste estado de la pobre enferma, y he aquí que en el momento mismo de dirigirse el sacerdote con la Sagrada Forma hacia la puerta de la casa donde yacía la enferma, con gran sorpresa y admiración de la muchedumbre, se verificó el instantáneo prodigio de quedar completa y radicalmente curada de su doble enfermedad, siendo testigos de tan gran maravilla todo el pueblo y el señor cura párroco, don Pedro Pons Bauzá, que llevaba el Santísimo Sacramento.

Vivió todavía diez años sin experimentar el más mínimo dolor. Durmió, por fin, el sueño de los justos en 1890, a los noventa de su edad.

(*Prodigios Eucarísticos,* P. M. Traval, S. J.).

Prodigiosa multiplicación de las Sagradas Formas

Día de la Virgen, 8 de septiembre.

La iglesia está llena de jovencitos: seiscientos que han de comulgar.

Se ha preparado un copón lleno de Hostias que San Juan Bosco consagrará en la Misa que está próximo a celebrar.

Pero se olvida el sacristán de llevarlo al altar, y sólo se acuerda después de la consagración. El olvido no tiene remedio.

Qué desilusión la de estos centenares de hijitos de Don Bosco, que, en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, iban a recibir la Comunión de manos del amado padre.

Nada saben ellos; se van llegando al comulgatorio. Nada sabe tampoco Don Bosco. Abre el Sagrario y no ve en él sino un pequeño copón con unas cuantas Hostias. Mira bien, pero nada más encuentra. Cae en la cuenta de que el sacristán se ha distraído.

Alza los ojos al cielo y habla de esta suerte a la Madre de Dios:

— Señora, ¿y dejarás a tus hijos que se vuelvan en ayunas?

Toma el coponcito y empieza a dar la Comunión.

Aquellas pocas formas se van multiplicando.

El sacristán, que había quedado profundamente apenado por su olvido, contempla atónito el prodigio.

Terminada la Misa, muestra a Don Bosco el copón olvidado en la sacristía.

— ¿Cómo ha podido dar la Comunión a tantos centenares con tan pocas Hostias? —pregunta el sacristán—. Es un milagro, Don Bosco. ¡Qué milagro acaba de hacer usted!

— ¡Bah! contestó el Santo con toda naturalidad —, junto al milagro de la transustanciación que obra el sacerdote al consagrar, el de la multiplicación de las Hostias es insignificante. Pero, además, lo ha obrado María Santísima Auxiliadora.

(Citado por Hugo Wast en su obra: *Don Bosco y su tiempo).*

La niña china que cree, después de una aparición milagrosa

En las *Relazioni della Missione,* que hace monseñor I. Koffman, Obispo y Vicario Apostólico del Schen-Si meridional, en China, se refiere que, en diciembre de 1892, una jovencita de familia cristiana no había aún recibido la Primera Comunión, porque no se podía persuadir de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Un día, después de haber asistido a la Misa del misionero con otros fieles y catecúmenos, se la vio correr al altar y mirar por todas partes; se le preguntó qué buscaba, y respondió que, a la segunda mitad

de la Misa, había visto a dos Niños de maravillosa hermosura, y que quería ver dónde los había escondido el padre misionero.

Se le explicó entonces que aquélla había sido la visión milagrosa que Dios le mandaba para disipar sus dudas, y se convenció plenamente cuando supo también que las Hostias consagradas eran dos, una de las cuales debía servir para la Comunión de un devoto.

(Ciotti, *Narraciones de Primera Comunión)*.

Varadura de un transatlántico

En la tarde del 20 de junio de 1902, salía majestuosamente del puerto de La Habana, con rumbo a La Coruña, el transatlántico *Alfonso XIII*.

Al embocar el canal de Panamá, presentóse el horizonte completamente cerrado por densa lluvia, y el buque, bajo la influencia de la corriente del Golfo, navegó con grandes precauciones. A pesar de todo, al amanecer del día 21, se observó, con espanto de la tripulación, que el buque varaba; había sido empujado por la corriente del Golfo hacia el arrecife Molasses, de la costa de La Florida.

Cuando los ochocientos pasajeros que iban a bordo se dieron cuenta de la inutilidad de las maniobras ensayadas para ponerlo a flote, cundió entre ellos un pánico indescriptible, desarrollándose patéticas escenas. Tras varias horas de terrible angustia sin poder pedir auxilio, pues en aquellas fechas no funcionaba aún la radiotelegrafía, acertó a pasar cerca del

TOMAS PORTO.

Alfonso XIII el vapor noruego *Diana,* cuyo capitán ofreció dar remolque mediante la entrega de diez mil pesos. Apretado por la necesidad, aceptó el capitán del *Alfonso XIII* tan onerosas condiciones, y, después de romperse por tres veces consecutivas el recio calabrote de acero, no se pudo lograr nada, quedando el transatlántico como antes estaba, empotrado en medio de las rocas; en vista de lo cual, se largó el *Diana,* desentendiéndose del salvamento.

Tras nuevas e inútiles tentativas, mandó el capitán aligerar el cargamento y se echaron al mar mil quinientos sacos de garbanzos, pero el buque no se movió siquiera; entretanto, se vio rodeado de numerosas embarcaciones de pequeño porte tripuladas por los *vaqueros,* especie de piratas costeños que acechan en todo naufragio o catástrofe marítima, y a los que hubo que alejar haciendo continuos disparos.

La situación se agravaba por momentos, porque ya tenía lugar entonces la bajamar; y en tan grande apuro se tuvo el feliz acuerdo de recurrir al Cielo en demanda de socorro. Anúnciase la celebración de la Santa Misa, a la que asistieron con gran devoción todos los de a bordo, y ¡oh prodigio!, en el solemne momento en que el sacerdote alzaba la Hostia sacrosanta, el *Alfonso XIII* empezó a deslizarse suavemente por encima del arrecife, como si la fuerza invisible de una legión de ángeles lo empujara, y los tripulantes, al ver flotar ileso en alta mar al hermoso transatlántico, entonaron un *hosanna* al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

Después de reconocido minuciosamente, cerciorado el capitán de que el casco del buque no había ex-

perimentado el menor desperfecto, prosiguió su viaje, llegando felizmente al puerto de La Coruña.

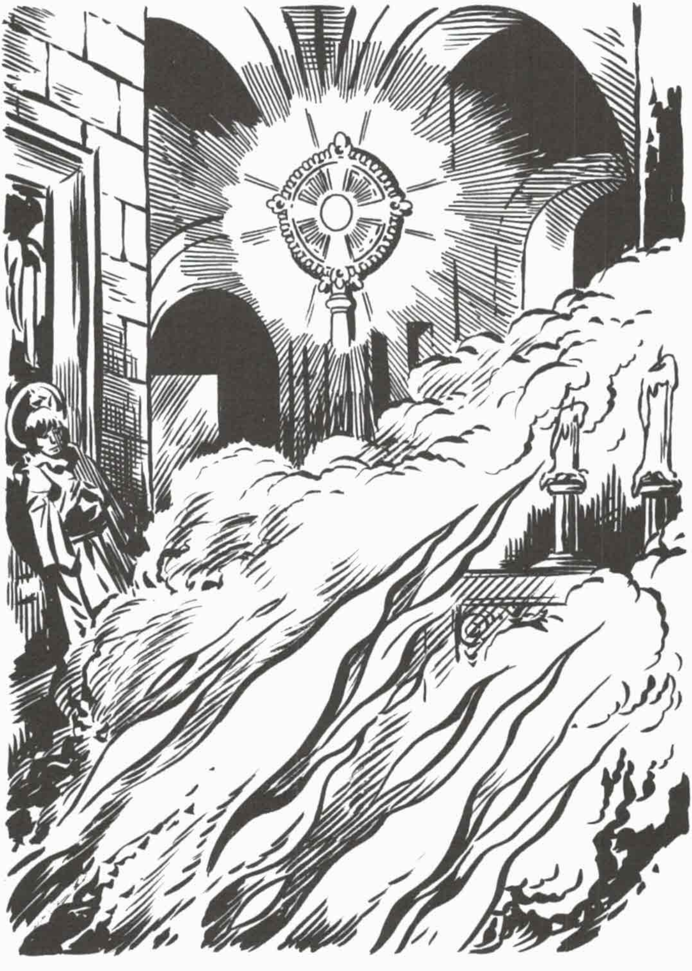
(Relación publicada por la Prensa de La Coruña en junio de 1902).

El suceso de Tumaco

Retroceden las olas del mar ante la Hostia consagrada.

El siguiente suceso tuvo lugar el 31 de enero de 1906, en el pueblo de Tumaco, perteneciente a la República sudamericana de Colombia, y situado en una pequeñísima isla a la parte occidental de aquella República, bañada por el océano Pacífico. Hallábase allí de cura-misionero, en dicho tiempo, el reverendo padre fray Gerardo Larrondo de San José, teniendo como auxiliar en la cura de almas al padre fray Julián Moreno de San Nicolás de Tolentino, ambos recoletos.

Eran próximamente las diez de la mañana, cuando comenzó a sentirse un espantoso temblor de tierra, siendo éste de tanta duración que, según cree el padre Larrondo, no debió bajar de diez minutos, y tan intenso, que dio con todas las imágenes de la iglesia en tierra. De más está decir el pánico que se apoderó de aquel pueblo, el cual todo en tropel se agolpó en la iglesia y alrededores, llorando y suplicando a los padres organizasen inmediatamente una procesión y fueran conducidas en ellas las imágenes, que en un momento fueron colocadas por la gente en sus respectivas andas.



Parecíales a los padres más prudente animar y consolar a sus feligreses, asegurándoles que no había motivo para tan horrible espanto como el que se había apoderado de todos, y en esto se ocupaban los dos fervorosos ministros del Señor cerca de la iglesia, cuando advirtieron que, como efecto de aquella continua conmoción de la tierra, iba el mar alejándose de la playa y dejando en seco quizá hasta kilómetro y medio de terreno de lo que antes cubrían las aguas, las cuales iban a la vez acumulándose mar adentro, formando como una montaña que, al descender de nivel, había de convertirse en formidable ola, quedando probablemente sepultado bajo ella o siendo tal vez barrido por completo el pueblo de Tumaco, cuyo suelo se halla precisamente a más bajo nivel que el del mar.

Aterrado entonces el padre Larrondo, lanzóse precipitadamente hacia la iglesia, y, llegándose al alatar, sumió a toda prisa las Formas del sagrado copón, reservándose solamente la Hostia grande, y, acto seguido, vuelto hacia el pueblo, llevando el copón en una mano y en otra a Jesucristo Sacramentado, exclamó: *Vamos, hijos míos, vamos todos hacia la playa y que Dios se apiade de nosotros.* Como electrizados a la presencia de Jesús, y ante la imponente actitud de su ministro, marcharon todos llorando y clamando a Su Divina Majestad tuviera misericordia de ellos. El cuadro debió ser ciertamente de lo más tierno y conmovedor que puede pensarse, por ser Tumaco una población de muchos miles de habitantes, todos los cuales se hallaban allí, con todo el terror de una muerte trágica grabado ya de antemano en sus facciones. Acompañaban también al di-

vino Salvador las imágenes de la iglesia traídas a hombros, sin que los padres lo hubieran dispuesto, sólo por irresistible impulso de la fe y la confianza de aquel pueblo fervorosamente cristiano.

Poco tiempo había pasado, cuando ya el padre Larrondo se hallaba en la playa, y aquella montaña formada por las aguas comenzaba a moverse hacia el continente, y las aguas avanzaban como impetuoso aluvión, sin que poder alguno de la tierra fuera capaz de contrarrestar aquella arrolladora ola, que en un instante amenazaba destruir el pueblo de Tumaco.

No se intimidó, sin embargo, el fervoroso recoleto; antes bien, descendió intrépido a la arena y, colocándose dentro de la jurisdicción ordinaria de las aguas, en el instante mismo en que la ola estaba ya llegando y crecía hasta el último límite el terror y la ansiedad de la muchedumbre, levantó con mano firme y con el corazón lleno de fe la Sagrada hostia a la vista de todos, y trazó con ella en el espacio la señal de la Cruz. ¡Momento solemne! ¡Espectáculo horriblemente sublime! La ola avanza un paso más y, sin tocar el sagrado copón que permanece elevado, viene a estrellarse contra el ministro de Jesucristo, alcanzándole el agua solamente hasta la cintura. Apenas se ha dado cuenta el padre Larrondo de lo que acaba de sucederle, cuando oye primeramente al padre Julián, que se hallaba a su lado, y luego a todo el pueblo en masa, que exclamaban como enloquecidos por la emoción: *¡Milagro! ¡Milagro!*

En efecto: como impelida por invisible poder superior a todo poder de la naturaleza, aquella ola se había contenido instantáneamente, y la enorme montaña de agua, que amenazaba borrar de la haz de la

tierra el pueblo de Tumaco, iniciaba su movimiento de retroceso para desaparecer, mar adentro, volviendo a recobrar su ordinario nivel y natural equilibrio.

Ya comprende el lector cuánta debió ser la alegría y la santa algazara de aquel pueblo, a quien Jesus Sacramentado acababa de librar de una inevitable y horrorosa hecatombe.

A las lágrimas de terror sucediéronse las lágrimas del más íntimo alborozo; a los gritos de angustia y desaliento siguieron los gritos de agradecimiento y de alabanza, y por todas partes y de todos los pechos brotaban estentóreos vivas a Jesús Sacramentado.

Mandó entonces el padre Larrondo fuesen a traer de la iglesia la Custodia, y, colocando en ella la Sagrada Hostia, organizóse, acto seguido, una solemnísima procesión, que fue recorriendo calles y alrededores del pueblo, hasta ingresar Su Divina Majestad con toda pompa y esplendor en su santo templo, de donde tan pobre y precipitadamente había salido momentos antes.

Como el dicho estremecimiento no tuvo lugar sólo en Tumaco, sino en gran parte de la costa del Pacífico, por los grandes daños y trastornos que aquella ola, rechazada en Tumaco, causó en otros puntos de la costa harto menos expuestos que éste a ser destruidos por el mar, se puede calcular la importancia del beneficio que Jesús dispensó a aquel cristiano pueblo, el cual, por estar, como hemos dicho, a nivel más bajo que el del mar, probablemente hubiera desaparecido con todos sus habitantes. He aquí lo que en carta que tenemos a la vista nos dice hablando de esto el misionero reverendo padre fray Ber-

nardino García de la Concepción, que por entonces se hallaba en la ciudad de Panamá: "En Panamá estaba en la mayor bajamar, y de repente (lo vi yo) vino la pleamar y sobrepasó el puerto, entrando en el mercado y llevándose toda clase de cajas: las embarcaciones menores que estaban en seco fueron lanzadas a grande distancia, habiendo habido muchas desgracias".

El suceso de Tumaco tuvo grandísima resonancia en el mundo, y de varias naciones de Europa escribieron al padre Larrondo, suplicándole una relación de lo acontecido.

(P. Pedro Corro, en *Agustinos amantes de la Sagrada Eucaristía).*

Las formas incorruptas de Silla

En 1907, en un huerto de naranjos, fueron enterradas las Formas que llenaban un copón.

Unos ladrones habían realizado el robo sacrílego y, huyendo hacia el campo, escondieron bajo tierra, intensamente regada, las Formas aludidas, guardándose el valioso copón objeto de su robo.

Tres días después, unos campesinos que labraban la tierra, se encontraron intactas las Hostias, corriendo con ellas hacia el templo parroquial.

Desde entonces (han transcurrido más de cincuenta años), se conservan incorruptas en un ostensorio situado en el Sagrario, donde reciben culto y son objeto de peregrinaciones.

Un milagro de nuestros días

The Missionary Society of St. Francis Xavier, publica lo que le sucedió a un párroco de Albany (Estado de Nueva York), con esta narración tan ingenua como interesante:

"Fue requerido para atender a un enfermo grave que moraba a considerable distancia de la iglesia. Dispúsose al punto para partir a caballo, llevando suspendida del cuello una pequeña píxide para darle el Viático. Después de cabalgar durante cierto número de millas, un fuerte temporal de lluvia y viento le impedía adelantar con su caballo y tuvo que pararse y entrar en una posada. Allí, por el mismo motivo, se refugió un mensajero que iba a verlo y comunicarle que el enfermo había experimentado una mejoría, aunque seguía grave. Tranquilizado con esta noticia, el párroco resolvió no continuar el camino de noche y pasarlo allí, colocando devotamente la píxide en un armario bajo llave.

Durmió profundamente y al alborear reemprendió su viaje. Ya cerca de su destino, se dio cuenta, con suma pena, de que no había tomado consigo la píxide con el Santísimo Sacramento. Al darse cuenta, por poco cae de su montura abrumado por la vergüenza y la alarma, pues eran herejes todos los de la posada. Con esto volvió grupas, picó las espuelas y se dirigió a toda velocidad a la posada donde había pernoctado.

Así que atravesó el portal, saltó del caballo y rápido se fue en busca del hostelero, preguntándole si acaso había dado a alguien el cuerto donde él había dormido.

"Yo soy el que debo preguntarle, señor mío —contestóle dicho hostelero—. ¿Qué hizo usted en aquel cuarto, que no hemos podido abrir de ningún modo? Ninguno de nosotros pudimos abrir, por más que hemos forcejeado, y la llave está en la cerradura. Y lo que es más, si uno mira por el agujero, aparece todo él iluminado".

Con indescriptible sentimiento de gozo, se lanzó el párroco escaleras arriba, seguido del hostelero, su mujer, los criados y unos cuantos huéspedes, atraídos por la curiosidad. Dando la vuelta a la llave, abrió sin la menor dificultad, y entrando cayó de rodillas, confundido ante el mueble que había servido de sagrario al Señor de Cielos y Tierra. Con esto, levantándose, tomó la píxide reverente y expuso con inusitada elocuencia a la gente admirada el misterio eucarístico. La emoción daba fuerza a sus palabras y les declaró que tenían que darse por envidiablemente afortunados de haber obrado Dios aquel milagro en su casa. Con lo cual, postrados de rodillas, expresaron su deseo de ser recibidos en la Iglesia Católica. El párroco permaneció allí algunos días, durante los cuales los instruyó, bautizó a todos los que allí moraban y a algunas otras personas y los recibió en la Iglesia. Logrado esto, se encaminó a casa del enfermo, hallándolo restablecido y en plena convalecencia".

El Dios-Niño en la Hostia Santa

Había en Moncada, ciudad de la provincia de Valencia, un sacerdote acosado de graves escrúpulos,

y, sobre todo, de un vivísimo temor de no haber sido ordenado válidamente, lo cual era causa de que fuese para él muy penosa la celebración del augusto Sacrificio. A tal punto había llegado esta duda, que había tomado ya la determinación de presentarse al señor Arzobispo para que le ordenase de nuevo. Pero Dios nuestro Señor, que atendía a sus continuas lágrimas y sacrificios, quiso librarle de este temor por medio de un hecho extraordinario.

Acaeció que a las tres misas que celebró aquel sacerdote el día de Navidad, asistió una campesina de costumbres sencillas, con una hija suya de cinco años. Después de consagrada la Hostia, Jesucristo, que se complace en la inocencia, quiso dejarse ver de aquella niña, la cual vio en la sagrada Forma a un Niño bellísimo y exclamó:

— ¡Oh madre, qué niño tan hermoso que veo! ¡Oh, qué es hermoso! ¡Mírelo, madre, qué bello es!

Y mientras aquella niña se extasiaba de gozo, la madre nada veía; así lo quería Dios. La visión duró hasta que el sacerdote sumió la Hostia consagrada, y lo mismo se repitió durante la segunda y la tercera Misa.

Al divulgarse por todas partes esa maravilla, llegó a conocimiento del párroco, el cual llamó a la privilegiada niña y quiso oír de sus labios la narración del hecho. Acudió efectivamente la pequeña, y refirió, con natural y encantadora sencillez, lo que había visto, con gran contento del sacerdote, que dio por ello gracias a Dios, y pidió a aquella buena aldeana que volviese con su hija a oír su Misa. Así lo hicieron, y nuevamente se repitió la milagrosa visión.

Pero no quedó del todo tranquilo aquel sacerdote

escrupuloso, porque es cosa sabida que es propio de los escrupulosos no dar fe a lo que a ellos hace referencia. Por esta causa, quiso hacer otra prueba. Tomó un día tres hostias de igual tamaño, consagró dos y, después de la Comunión, puso la que estaba consagrada al lado de la que no lo estaba, y, presentándolas a la niña, dijo:

— ¿Ves aquí al divino Niño Jesús?

Y ella, señalando con el dedo la Hostia que estaba consagrada, respondió, sonriendo de alegría:

— En ésta, sí; en la otra, no —añadiendo—: ¡Qué hermoso es! ¡Miradle, qué bello!

No pudiendo resistir el sacerdote a tanta evidencia, colocó la Hostia consagrada en el sagrario, bendijo al Señor que se había dignado librarle de aquellas dudas, y repitió, con el corazón lleno de gozo y gratitud, las palabras del viejo Simeón: Habéis dejado, ¡oh Señor!, a vuestro siervo en paz, según vuestra palabra.

(Hablan de este prodigio: Oroico Raynaldi, *Anales eclesiásticos.*— Juan Berni, Vida de la penitentísima Inés de Moncada).

La presencia real probada por las curaciones

En Lourdes, a la hora de la procesión con el Santísimo, los enfermos, alineados por donde ha de pasar la Custodia, piden la salud a Jesucristo, y el Prelado da la bendición con el Santísimo a cada enfermo. Y suceden con frecuencia curaciones repentinas de enfermedades declaradas incurables.

* * *

Arturo Frérotte de Nancy, de 32 años de edad, estaba enfermo de una tisis aguda. En el hospital, los médicos confesaron que tenía completamente destruidos ambos pulmones. En agosto tuvo lugar una peregrinación de enfermos a Lourdes, y Arturo pidió ser inscrito en ella. La Junta directiva, visto el certificado de la comisión médica, rehusaba admitirlo por temor de que muriese durante el camino. Arturo, sin embargo, supo con su insistencia vencer aquella indecisión: que yo pueda ver a la Virgen de Lourdes, exclamaba, y mi curación es un hecho. Llegó el 30 de agosto, y estaba ya en Lourdes. Arturo fue trasladado por dos robustos jóvenes a la plaza del Rosario, en donde se celebraba la Misa. Todos oraban; al llegar la comunión, quiso Arturo acercarse a recibir a Jesús; pero se abrigaba el temor de que no podría retener la sagrada partícula por causa de la tos. Sin embargo, apenas hubo recibido a Jesús Sacramentado, cesaron al punto así la tos como los estremecimientos de la calentura.

El diez fue de nuevo trasladado al hospital, en donde los médicos apreciaron una leve mejora, que, sin embargo, no daba ninguna esperanza. Había cesado la fiebre y aun desaparecido la tos; pero quedaban huecas las enormes cavidades de sus pulmones. Arturo no se desanimó. El 16 se hallaba sobre su lecho alineado con los otros enfermos en la anchurosa plaza del Rosario. Treinta mil personas hacen corte o acompañan en procesión a Jesús Sacramentado. Ya comienza la conmovedora bendición de los enfermos, y, entretanto, nuestro Arturo aguarda que Jesús pase junto a él; ya lo tiene allí mismo... cuando, en un arranque súbito de fervor, exclama: ¡Se-

ñor, haced que pueda andar! Mientras el Obispo levanta sobre él la custodia para bendecirlo, Arturo siente en su corazón la palabra de Jesús que le dice: ¡Levántate y anda! Impulsado como por una fuerza indescriptible, salta de su camilla y, curado ya, póstrase a los pies de Jesús; después lo acompaña en la procesión, y, dos horas más tarde, en la oficina médica de comprobaciones, después de un examen minucioso, se le reconoció perfectamente sano. Jesús Sacramentado acababa de curarle.

Los milagros de Lourdes nos demuestran que Jesucristo está verdaderamente en la Eucaristía.

(*"Lourdes-Fátima"*, abril 1984)

El conjunto de los milagros eucarísticos es magnífico, su constancia es permanente, su certeza absoluta.

Dios, por medio de ellos, quiere recabar de nosotros el acatamiento más rendido de nuestra fe y la correspondencia de nuestra devoción más sincera.

La Santísima Eucaristía

Es misterio.
Es sacramento.
Es sacrificio.
Como misterio, se cree.
Como sacramento, se recibe.
Como sacrificio, se ofrece.
Se propone al entendimiento como misterio.

Se da al alma como alimento.
Se ofrece a Dios como homenaje.
Como misterio, anonada.
Como sacramento, alimenta.
Como sacrificio, redime.
Como misterio, humilla.
Como sacramento, esfuerza.
Como sacrificio, rescata.
Como misterio, es admirable.
Como sacramento, es deleitable.
Como sacrificio, es inefable.
Como misterio, es un portento.
Como sacramento, es un compañero.
Como sacrificio, alimenta.
Como misterio, es impenetrable.
Como sacramento, es sabrosísimo.
Como sacrificio, es valiosísimo.
Como misterio... debo meditarlo.
Como sacramento... debo gustarlo.
Como sacrificio... debo apreciarlo sobre todo.
Es misterio de fe. Debo creerlo.
Es sacramento de amor. Debo amarlo.
Es sacrificio de un Dios. Debo confiar en él.

Como misterio, se esconde ...Es oscuridad... Es el sagrario.

Como sacramento, alimenta... Es convite... Es la comunión.

Como sacrificio, se inmola ...Es víctima... Es la Santa Misa.

¡OH MISTERIO ADORABLE! El sagrario será mi refugio.

¡OH SACRAMENTO DULCISIMO! Comulgar será mi mayor deseo.

¡OH SACRIFICIO ESTUPENDO! La misa será mi devoción primera.

INDICE

Págs.

Apariciones 3
Niño preservado del fuego 6
Las Santas Hostias y las Espigas 8
Lanciano 10
La Santa Duda de Iborra 13
La Santa Lágrima 16
Un milagro del Corpus en Zamora 18
El zumbido de las abejas 21
La ovejita de San Francisco de Asís 23
El milagro de la mula 24
Santísimo Misterio de Daroca 26
El milagro de El Cebrero 28
Santa Clara hace huir a los sarracenos 31
El milagro de la calle de Billets 33
Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas 35
Todos veían, pero él no 36
El milagro de Bolsena 38
Las Santas Dudas de San Daniel y de la catedral de Gerona 40
Santísimo Misterio de Aniñón 44

Págs.

La Beata Imelda 45
El Milagro de Alboraya 48
El rescate de la arquilla-sagrario 50
El milagro de Segovia 53
La misa milagrosa del Padre Cabañuelas 54
La Hostia Santa convertida en hermosísimo Niño 58
Libradas del fuego 61
La ciudad del Santísimo Sacramento 63
Se aparecen un Cáliz y una Hostia a unos judíos 65
El milagro de Bruselas 66
Flor celestial 67
Prodigiosa aparición en la catedral de Véroli ... 68
La Sagrada Forma de El Escorial 69
San Pascual y la Eucaristía 71
Las Santas Formas de Alcalá 74
El milagro de Faverney 76
Favor providencial 78
Un copón resplandeciente 80
Castigo de un sacrílego 82
El Niño de Soissons 83
El Santísimo Sacramento en una zanja 84
El milagro eucarístico de Siena 85
Las Santas Hostias de Pezillà de la Rivière 87
El Santísimo Sacramento es encontrado debajo de una piedra 95
Curación prodigiosa de una enferma 98
Prodigiosa multiplicación de las Sagradas Formas 100
La niña china que cree después de una aparición milagrosa 102

Varadura de un transatlántico 103
El suceso de Tumaco 105
Las Formas incorruptas de Silla 109
Un milagro de nuestros días 110
El Dios-Niño en la Hostia Santa 112
La presencia real probada por las curaciones ... 114
La Santísima Eucaristía 117
Indice 119